



Berta Elena Vidal de Battini *
(República Argentina)

El castigo del oro. Varias Versiones

El avariento castigado (La Rioja)

Éste que era un hombre muy rico en oro, plata y piegras preciosas, pero muy avariento y mezquino. Tuitas las noches bajaba pal sótano a ver el tesoro. Lo acariciaba y se lamentaba lo que tenía tan poco. Un día, lo que nunca, dio un pedazo de pan a un mendigo. En la noche cuando bajó pal sótano a ver el tesoro se quedó dormido y soñó que el Señor se le aparecía y le dijo que como había hecho caridá, lo quiera premiar y que le pida lo que quiera. Entó el avariento le dijo que quería que le tranforme en oro tuito lo que toque. El Señor le dijo que güeno y se desapareció. Pa'star seguro que era cierto, el hombre tocó una piegra y ésta se volvió oro. Asustau, corrió a tomar un trago di agua, pero no bien tocó el vaso las dos cosas se volvieron oro. Quería comer y no podía porque no bien tocaba las cosas se volvían di oro.

Se puso a llorar de pena, y su hija, que era muy linda y güena, sin saber qué le pasaba a su pagre se acercó y lo acarició pa consolarlo, pero no bien él la tocó a la niña, se volvió toda de oro. El hombre desesperau, le imploró de rodilla al Señor que lo perdone y le pidió por favor que le quitara el poder porque él quería comer y tener otra vez a su hija.

326

El Señor, porque este hombre se había arrepentido lo perdonó. Hizo vivir a la niña, y el avariento no volvió a querer más oro ni riquezas.

Zapato roto,
pa que usté me cuente otro.

*Pedro Guerrero, 68 años. El Vallecito. Chilecito. La Rioja, 1950.
El narrador es oriundo de la región. Tiene cierta cultura y es un buen narrador.*

El hermano avariento, el hermano comilón y el hermano bueno (San Juan)

Que era un matrimonio muy pobre que tenía tres hijos. Vivían di una majadita de cabras, en un puestito en las sierras, y no tenían otro recurso.

Un día el hijo mayor les pidió permiso a los padres pa ir a rodar tierra y ganar mucha plata pa remediar las necesidades.

-Voy a trabajar mucho y voy a traír oro pa llenar el rancho, mama y taita -les decía-. Dejemén que vaya por esos mundos. Yo no me voy a conformar con poco. Ya van a ver lo que voy a traír.

Los viejitos se pusieron tristes, pero eran tan pobres que lo dejaron ir. La madre le preparó un poco de fiambre pal viaje, y se fue.

A los tiempos el del medio les dijo lo mismo, que quería salir a rodar tierra como el mayor. Lo mismo le dijieron, que era para ellos muy triste que los dejara, pero eran tan 328pobres que necesitaban ayuda. Este chango era muy comilón y la madre le preparó mucho queso 164 de cabra, de sus cabritas, y le hizo unas cuantas tortas, de esas que se hacen al juego, en arena. Con las alforjas bien repletas se despidió, y se fue.

A los tiempos, les dice también el menor, el shulco, que lo dejaran ir a rodar tierra, a trabajar y a ver si averiguaba algo de los hermanos, que no sabían nada. Áhi los viejitos se largaron a llorar y le pedían que se quedara, que era muy chico, que iba a correr muchos peligros. Pero al fin los convenció y le dieron permiso pa que se fuera a rodar tierra. Ya 'taban tan pobres estos viejitos, que no tenían más que un pedacito 'e charque y eso le preparó la viejita para fiambre del viaje. El chango les pidió la bendición:

-¡La bendición mi mama! ¡La bendición mi taita!

-Que Dios te bendiga y ti ayude en todo, m'hijito -le dijieron-. Hais de tener cuidau que no te pase nada y hais de confiar en Dios siempre, si querís tener suerte.

Y el shulco salió y siguió por el mesmo camino qui habían seguío los hermanos.

-Yo gua volver con lo que Dios me ayude -iba pensando el muchacho- aunque sea poco, total somos tan pobres.

El hermano mayor se topó en el camino con un viejito, que parecía muy pobre, mal vestido y barbudo. Se pararon, se saludaron, y el viejito le pidió algo pa llevar a la boca porque hacía tres diyas que no comía nada.

Le dijo qui hacía tres diyas que no comía nada. Este muchacho que era muy avariento, le preguntó qué le iba dar él, si le daba algo de su fiambre.

Entonce el viejito, que era Dios, le dijo que le iba a dar la virtud que él pidiera, que para eso tenía poder. 329El muchacho desconfiaba, y entonce, como era tan interesado, le dice:

-Quero la virtud que lo que yo toque si haga oro.

-Tá bien -le dijo el viejito-, ya tenís la virtud.

-A ver, voy a comprobar si es cierto.

-Güeno, alzá una piegrita.

El muchacho alzó una piegrita del camino y se volvió oro, en el mesmo momento. Y ya se puso muy contento y le dio un pedazo de fiambre.

-Güeno, ya tenís la virtù, ya podís volver a tu casa, porque es pa ayuda de tus viejitos.

El muchacho resolvió volver a su casa con esta virtù.

El hermano del medio se encontró también con el viejito hilachento, éste.

Se pararon a conversar y el viejito le pidió también algo de comer.

Entonce este muchacho que era tan comilón, le preguntó al viejito qué le iba a dar si li hacía parte de su comida. El viejito le dijo:

-Te gua dar una virtù, lo que vos querís, pa eso tengo poder.

-Y, yo tengo aquí pan y quieso. Que cada vez que meta la mano a mis bolsillos o a las alforjas, se llenen de pan y quieso. Así tengo siempre qué comer.

-Güeno, probá la virtù, pero va ser mejor cuando lleguís a tu casa.

El muchacho metió la mano al bolsillo y sacó pan y quieso. Volvió a meter la mano y volvió a sacar pan y quieso.

El muchacho le hizo parte al viejito y se volvió a su casa muy contento con esta virtù.

El shulco también lo encontró al viejito. Se saludaron:

-Güen diya, taita viejo.

-Güen diya, hijito.

330

-¿Cómo anda, taita viejo? ¿No necesita nada?

-Alguna comidita, si me podís proporcionar. Hacen tres diyas que no pruebo boca.

El muchacho sacó en seguida su fiambrecito y le dio al viejito que se sirviera. Comieron y cuando se fueron a despedir, le dijo el viejito:

-¿Conque querís que te recompense?

-Con nada, taita viejo, ya voy a comenzar a trabajar en alguna parte y me voy a ganar unas monedas para seguir viaje.

Entonce le dice el viejito:

-Güeno, yo tengo una moneda de veinte, te la echo al bolsillo y te doy la virtù que cada vez que metáis la mano al bolsillo vas a sacar muchas monedas de veinte, todas las que ti hagan falta. Ya te podís volver a tu casa porque la virtù es para toda la vida.

El shulco no tenía palabras para agradecer al viejito y se volvió muy contento.

El mayor, al rato no más que dejó al viejito, tocó las alforjas y se le hicieron di oro. Agarró piegritas y llenó las alforjas, todas hechas di oro. Ya iba con su carga di oro que cuasi no podía caminar el caballo. Con el gusto si había olvidau de comer y ya le dolía el estómago di hambre.

Entonce sacó su fiambre, pero en cuantito lu agarró se le hizo di oro. Lo guardó y siguió. Ya se moría de sé y se bajó a tomar agua en una vertiente qui había en el camino. Si agachó y tomó agua, y sintió que un chorro duro le tapaba la garganta. Escupió, y era la agua hecha oro. Subió al caballo y siguió. Encontró al rato no más a un arriero y le dijo que ya se moría di hambre y de sé, que le iba a dar la mitá de la carga di oro si le arrimaba un pedazo de fiambre y un poquito di agua, porque él no podía mover las manos.

El arriero creyó que era un enfermo y lo socorrió. Le arrimó a la boca un pedazo de fiambre, pero áhi no más se 331le convirtió en oro. Le arrimó un jarrito di gua, y también se hizo oro la agua. Entonce se botó

al suelo, como loco, maldiciendo la virtud que él había pedido, y decía: -Por un bocau de comida y un trago di agua, cambiaría todo el oro del mundo si pudiera salvarme. ¡Que Dios me ayude, que Dios me salve! Entonce vio que aparecía a la distancia el mismo viejito, que lu alcanzaba al trotecito de su burro. Llegó y le preguntó cómo le iba con la virtud que él le había pedido.

Y el muchacho le suplicó que lo librara, por caridá, de ese castigo. El viejito lu aconsejó que no juera más avariento y lo libró de la virtud y le dio comida y agua.

Y así volvió a su casa como era antes.

El del medio llegó al rato. Venía enfermo que ya se moría de tanto comer y con una carga de pan y queso que ya no se podía mover el caballo que montaba.

También le pidió al viejito que lo librara de esa virtud, porque era tan comilón, que no podía librarse de la tentación de'tar comiendo todo el día. Y el viejito lo libró también.

Al rato llegó el shulco. Tráiba una carguita de cosas y comida pa su casa. Él, sólo metía la mano al bolsillo pa sacar un veinte cuando necesitaba y se conformaba con poco. Y entonce saludó, abrazó a sus hermanos, y al verlos, tan hinchado al del medio y tan seco al mayor, preguntó qué contenía eso. El viejito le esplicó todo y les dijo que él era Dios, y qui había venido para enseñarles el buen camino, y que por cariño al menor los salvaba a los otros mayores. Y que los dejaba pa que trabajaran siguiendo el ejemplo del shulco.

Y áhi se volvieron a la casa, los tres, y vivieron con la virtud del shulco y el trabajo de todos. Y los viejitos se quedaron muy contentos con la vuelta de los hijos y vivieron muchos años felices.

*Fidel Castro, 80 años. Huaco. Jáchal. San Juan, 1958.
Campesino rústico y analfabeto.*

El agua que convierte en oro (La Rioja)

Una vez que había un rey que tenía un caballo y un hombre para cuidarlo. El cuidador debía lavar el caballo con jabón en el agua de un pozo. Pero el Rey le avisó que no debía meter la mano en el agua, ojalita se le cayera el jabón, sinó que debía llamarlo a él.

Pero un día el hombre cuando se le cayó el jabón, no le hizo juicio al Rey y metió la mano adentro del pozo, y se le volvió di oro. Cuando el Rey lo vio, le cortó la mano por desobediente.

Varias veces se volvió a cair el jabón al pozo. Una vez al meter la cabeza para sacarlo se le volvió di oro, y por miedo de que se la hache el Rey, el hombre se disparó en su caballo, pero el Rey tenía un viejo que era adivino, y le dijo que lo buscara en cierto lugar. Llegó allí el Rey, pero

como el caballo del hombre era también adivino, pegó un relincho y se convirtió en un perro y el hombre en un niño chico. Entonces se volvió el Rey a las casas. Le contó al adivino y éste le dijo que ese niño y ese perro eran los que buscaba, que fuera, que los iba a encontrar.

333

Se fue el Rey adonde le 'bía dicho el adivino y no encontró más que un águila y un carancho.

Se volvió de nuevo a las casas. El adivino le dijo qu'el carancho y el águila eran el hombre y el caballo. Que fuera más allíta que los iba a encontrar. Volvió a irse el Rey adonde lo 'bía mandau el viejo y en ese lugar encontró nada más que dos osamentas. Y cansado de tanto dar vuelta se volvió para siempre a las casas. Las dos osamentas eran el hombre y el caballo. Y así se salvó el hombre.

Y se acabó el cuento.

*Odila Escudero, 14 años. La Callana. General Roca. La Rioja, 1950.
La niña, buena narradora, aprendió el cuento de su padre.*

El rey de la laguna de oro (Neuquén)

Era un rey que tenía una laguna di oro y necesitaba piones. Siempre venían muchos muchachos a pedile trabajo. Él les decía que no tomen agua de esa laguna ni pongan el dedo. Algunos piones ponían el dedo del pie o de la mano y el Rey se los cortaba, porque se les volvía di oro.

Un día dice un muchacho que era hijo de dos viejitos que tenían un chivito guacho y tenían una gallinita, dice:

-Yo me voy a trabajar a la casa del Rey, a cuidale la laguna di oro.

-No, hijo, porque áhi los matan.

-No, yo voy -dice.

Entonce viene la mamá, la viejita, le mató la gallinita que tenían, le hizo una tortita, y se fue a trabajar al palacio del Rey que tenía la laguna di oro.

Llega allá. Dice el Rey:

-¿Qué andás haciendo?

-Ando buscando trabajo -dice.

-Yo te voy a dar trabajo, que me cuides una laguna. Que no dentre ni un bichito a tomar agua, ni vos vas a tocar l'agua de la laguna.

-Muy bien, mi Rey -le dijo.

335

Y lo llevó con su chivito.

-Ni que tu chivito vaya a tomar agua ¿eh?

Andaba el chivito con él, era su compañerito.

Bueno, hacía mucho tiempo que 'taba trabajando él, áhi. Cuidaba la laguna, daba vuelta, iba y venía con su chivito.

-¿Por qué este Rey -dice- no quiere que nadie toque esta agua de esta laguna?

Y él fue y metió toda la cabeza y se le volvió de oro. ¡Ah!, cuando se vio la cabeza de oro él, se quería morir. El chivito le dice:

-No, sacame lanita mía, te vas poniendote en tu cabeza.

Y así fue poniendose la lanita, la lanita del chivito en la cabeza, y se hizo un gorrito negro. Y la Princesa, una vez ella 'taba en su pesebre, onde él dormía y todo, en el galpón. Lo ve que él se 'taba peinando y lo ve que tiene la cabeza de oro y se enamoró de él. Entonce la Princesa quedó muda.

Y hacía mucho que 'taba muda y el Rey dice:

-Está muda por gana de casarse.

Entonce vino, y puso en el diario, entre los vecinos, entre los reyes, que vinieran. Vinieron muchos. Pasaban príncipes, todos. A ninguno ella lo quería. El Rey le dio tre manzana. Que al hombre que le gustara le tirara una manzana. Entonce ella agarró y pasaban todos a caballo. Y va este muchacho, como un tonto, a caballo en su chivito, y ella le tira la manzana y le pega en la cabeza.

-¡Ay!, mi señorita, que me pegó -le dice-. Me dolió tanto...

-¿Te dolió mucho? -le dice la Princesa.

Entonce el Rey dice:

-Palabra de Rey no puede faltar, que mi hija se tiene que casar porque habló. Entonce agarró y la hizo casarse con el muchacho y la llevaron al pesebre de caballos.

336

Entonce la Reina, la madre, cayó enferma. Estaba enferma la madre y mucha gente le llevaba regalos, flores, perfume de las Malvinas 166.

Y a él, el chivito, le dice un día:

-Mirá, a vos como no te quieren por acá, vas a hacer, a llevale un zorrino a tu suegra.

Y él le hacía caso. Como había sido compañero de su chivito y hablaba con él, encontró el zorrino y se lo llevó.

-¿Qué tal, suegra? -y qué sé yo.

Llegó él con su chivito. Su chivito siempre anda con él. Y viene y le larga el zorrino arriba de la cama y la mió. Le dejó todo, todo hediondo, con todo su perfume del zorrino. Entonce dice la Reina:

-¡Ay! -dice-, hay que matalo -dice.

Y dentro el Rey y dice:

-¿Qué pasó? ¿Que habís hecho, Juan?

-Nada, mi Rey -dice.

Y ahí se sanó la Reina como si nada hubiera tenido.

Se sacó su gorrito y tenía la cabeza de oro. Entonce él fue, el Rey, en ese momento. El Rey le regaló el palacio más lindo a la Princesa y a Juancito.

Entonce a él fue el chivito y le dice:

-Mirá, Juan, yo te hi salvado de todos los apuros que vos habís tenido. Yo soy una palomita del cielo. Ahora yo me despido de vos, que te hi acompañado hasta el último.

Y se volvió una palomita, una palomita volando, volando, y se fue al cielo, y en el cielo está.

*Ana Rosa Chandía, 67 años. Catán-Lil. Neuquén, 1970.
Campesina analfabeta. Buena narradora.*

Bilbao; el niño de oro (San Luis)

Era un matrimonio, cuyo esposo sabía salir a trabajar a otros lugares. La esposa era muy buena dueña de casa y muy buena esposa, en todo sentido. No tenían hijos.

Una vez viene de visita a su casa una mujer del lugar, conocida de ellos, trayendolé de regalo dos naranjas, como nunca se habían visto de hermosas. Cuando se fue la visita, la señora guardó las dos naranjas para comerlas cuando viniera el esposo. Pero no podía resistir la tentación de comer siquiera una, la que le correspondía a ella. La venció la tentación, y comió una. Guardó la otra en el fondo de un baúl.

Después que comió la naranja, la mujer no se sintió bien. Por varios días no sabía qué le pasaba. Se le empezó a hinchar el vientre como si fuera un embarazo. Y al poco tiempo tuvo un niño varón. Todo era de oro. Relumbraba con el sol, y era muy hermoso.

La madre del niño tenía miedo que volviera el esposo y pensara mal de ella. No sabía qué hacer. Resolvió buscar a una mujer de otra parte para que criara el niño. Le puso de nombre Bilbao, y lo llevó a una mujer para que lo criara con toda atención.

338

Cerca de allí había un Rey que tenía una hija muy hermosa, que era muy regalona del padre y que le daba en todo en el gusto.

Fue tiempo ya que este niño estaba mozo, porque creció muy rápidamente. Este niño de oro era un milagro de Dios.

La hija del Rey sabía ir a pasearse a las playas del mar, y cierto día vio a este joven tan hermoso y dorado y le llamó poderosamente la atención. Se enamoró locamente de él, y siguió yendo con más frecuencia para verlo. Él también se enamoró de ella.

Cierto día que el mozo andaba por la orilla del mar, vino un negro mota a la oreja¹⁶⁷, y lo invitó a jugar. Jugaron el pelecho¹⁶⁸. Ganó el joven, y el negro se sacó el pellejo y se lo dio al joven.

El joven se lo puso, y quedó completamente negro. Cuando vino la niña, lo vio al joven renegrado. Le llamó mucho la atención, pero siguió enamorada de él, como antes.

La niña pensando siempre cómo podría hacer para casarse con este joven, ideó una estratagema y le dijo al padre:

-Papá, tengo que hacerle un pedido.

-Lo que guste, hijita. Diga no más -le contestó el Rey.

-Quiero que haga citar, un día, todos los mozos de su reino. Al que yo deje caer un ramo de flores, a ese voy a elegir para esposo.

El Rey le preguntó si le gustaba alguno de los príncipes que él conocía. Ella le contestó que el único que le gustaba era un joven que tal vez él no conociera. El Rey, deseoso de conocer el gusto de su hija, hizo grandes fiestas y ordenó 339 que concurrieran los mozos de su reino. Frente al palacio hizo hacer un arco, y por ahí tenían que desfilar, para que la niña eligiera su esposo.

Una vez dada la orden del Rey y fijado el día de la reunión, comenzaron a llegar los jóvenes, unos en carruajes, otros a caballo, otros a pie. Todos iban llenos de lujo. Ya comenzaron a pasar bajo el arco. Pasaron un día entero, y la niña no tiró su ramo. Al día siguiente, siguieron pasando, y nada. Al tercer día también desfilaron mozos, todo el día, y la niña no tiró su ramo. Ya no quedaban más que los sirvientes, los piones, los leñateros, los vendedores. El Rey se enojó mucho de que la niña no eligiera, y tuvo que dejar que pasaran todos estos mozos, por capricho de la niña. Ya comenzaron a pasar mal vestidos, sucios, en burro unos, otros a pie. Pasaron todo el día, y el Rey ya estaba muy enojado con la hija. Al fin, venía un joven negro, en una burra vieja, con unas tamañas árganas, vendiendo pasas de higos negros. Lo dejaron pasar, y cuál no sería la sorpresa del Rey, cuando vio que la niña le tiró el ramo. El Rey decía que era una broma, pero la niña dijo que ése era su elegido, que era el único que ella quería. Hizo todo lo posible el Rey por convencer a su hija de que no hiciera esa locura, pero no hubo nada que hacer. Al fin, el padre, muy enojado, dijo:

-Bueno, palabra de Rey no puede faltar, que se casen.

Hizo llamar al joven y le preguntó.

-¿Cómo te llamas?

-Bilbao.

-¿Cómo?

-Bilbao.

-Pero... ¿Bilbao de qué?

-Bilbao y nada más, mi Rey.

-¡Pucha!... ni el nombre tiene bueno.

Ya el Rey se enojó más y ordenó que se casaran en seguida. Ya se casaron y el Rey ordenó que le dieran de alojamiento 340 un chiquero de chanchos. Así se hizo, y al chiquero se fue la pareja a pasar su noche de bodas.

La niña le preguntó que cómo se había puesto de ese color si ella lo había conocido tan hermoso y dorado. El joven se sacó el pellejo del negro y quedó, otra vez, como era, deslumbrante como el sol. Tenía él una varillita de virtud y durante la noche la sacó, y le pidió que le hiciera un palacio más grande y mejor que el del Rey. Y se durmieron. Cuando la niña despertó, se encontró en una cama lujosísima y en un palacio todo de oro y de cristal como nunca se había visto otro.

Cuando amaneció, al otro día, la servidumbre del Rey corrieron con la noticia, de que parecía que algo ardía, para el lado que salía el sol. Se levantó el Rey muy apurado, y vio la maravilla del palacio que había aparecido allí, como un sueño. Mandó a los sirvientes, y todos les traían noticias de las riquezas y el lujo que veían por todas partes.

Al fin, el Rey se animó y fue a ver qué era aquello. Entró, y como agasajo le sirvieron mate. En eso que estaba tomándolo, se le desapareció el mate

de la mano. Llegaron en eso los dueños de casa, la niña y el joven, y él no sabía qué hacer para pedirles que lo perdonaran porque había sido tan injusto con ellos. Ya comenzaron a buscar el mate, y se lo encontraron en el bolsillo del Rey. El Rey se quería morir, lo que pasaba por ladrón. Por último, el Rey les ofreció su corona, para que siguieran reinando, en su lugar. El joven le dijo que ellos tenían otras mejores, y sacó y le mostró unas coronas que dejaban ciego de tanto que relumbraban. Bueno... y la niña le hizo ver que Dios le había mandado ese esposo. Y ahí vivieron por muchos años reinando en lugar del Rey y muy felices.

Luis Jerónimo Lucero, 50 años. Nogolí. Belgrano. San Luis, 1945.

Nota

Nuestro cuento, con sus variantes, tiene su lejano antecesor en uno de los mitos del Rey Midas: Dionisos, a su pedido, le da la virtud de que todo lo que toque se convierta en oro. Esta virtud alcanzó a su comida y su bebida y, desesperado, le pidió lo librara de ese don fatal.

Dos de nuestras versiones son paralelas del mito: Dios da la virtud de que se convierta en oro todo lo que tocan dos personajes, que por avaricia, lo piden. Cuando se les convierte en oro la comida y el agua, ruegan a Dios que los libre de esta tragedia. En otras dos versiones, niños desobedientes, al tocar el agua mágica prohibida, ven que una mano y la cabeza, se les convierte en oro. En otra versión una mujer impaciente come una naranja mágica y tiene un hijo de oro.

El tema no aparece entre los cuentos hasta el presente recogidos, fuera del motivo del muchacho a quien se le convierte el pelo en oro al entrar a la habitación prohibida, del Tipo 314 de Aarne-Thompson.

* Tomado de Cuentos y Leyendas Populares de la Argentina, de Berta Elena Vidal de Battini.

Dada la vastedad de ésta enjundiosa obra la Biblioteca Virtual Universal, sin perjuicio de presentarla en sus cinco volúmenes, adopta el método de ofrecerla también dividida para favorecer la búsqueda del lector.

En cada uno de los cuentos la autora menciona al narrador original, del cual extrajo la versión.

2009 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

editorial del cardo